

REVISTA
DE LA
UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Tomo VII

Lima, Setiembre-Octubre de 1939

Número 6-7

EL RACISMO

Por CARLOS ARENAS Y LOAYZA

Vice-Rector de la Universidad Católica del Perú

El racismo es la sorpresa y la amenaza de nuestro siglo.

Una teoría que niega la unidad de la especie humana, con todas sus consecuencias morales y jurídicas, es la sorpresa y la amenaza de nuestro siglo. La sorpresa, porque era verdad inconcusa la igualdad de las razas ante la Ciencia, la Moral y el Derecho; la amenaza, porque fracciona la Humanidad en razas, celosas y enemigas, entre sí.

Con el hecho natural de la unidad de la especie, coincidía, santificándola, la ley evangélica, que ve en la Humanidad, una sola familia, bajo la augusta paternidad divina. Lo natural y lo sobrenatural, estrechamente unidos, formaban el cimiento inmovible de la Civilización.

A los que pretendían cruelmente, tiranizar los pueblos, se les demandaba respeto para la dignidad humana; a las naciones poderosas, respeto para las débiles; a los ricos, a los sabios, a los sanos, compasión para los hermanos, que necesitaban de su generosidad, de su saber, o de su asistencia.

Todas estas verdades que tutelaban la dignidad del hombre y la paz del género humano, son negadas. Hay una raza superior a las demás. La igualdad sólo existe entre los hombres de esa raza. Los demás son seres inferiores, ante la Moral y el Derecho. Esa raza superior, tiene congénitamente, derecho de dominar a las de-

más, y de dominarlas siempre. Su destino es dirigir el Universo, y dirigirlo por la fuerza, ya que naturalmente, las razas inferiores, se eruirán contra ella.

¿A dónde nos lleva esta doctrina, que establece dura y cruelmente, una aristocracia para el Universo? ¿Qué consecuencias tendrá para la civilización, esta nueva y audaz negación del Evangelio. Tal es la pregunta angustiada de los que saben, que los grandes errores, son el origen de las grandes catástrofes.

Los dos grupos en que se divide la Humanidad.

Me diréis que hay muchos que no se preocupan del tremendo problema. Lo sé; la Humanidad estará siempre dividida en dos grupos: el de los que quieren saber a dónde van; y el de los que se dejan conducir. ¡Qué diferencia entre ambos! Los unos, se sienten miembros de una Humanidad, que ha de sobrevivirlos; les inquieta la suerte de las nuevas generaciones, y quieren alinearse entre los defensores de la Civilización. En ellos vive la fé cristiana, y la caridad, y se alzan, la razón y la dignidad de la estirpe, contra el nuevo absurdo, que trae en sus entrañas, el envilecimiento, la opresión y la guerra. Los otros viven despreocupados: es la turba que desfila bulliciosa y confusamente, tras de cualquier innovación: que con facilidad, cambia de banderas y capitanes; que no lleva verdad, ni amor, grabados en el alma; que alguna vez murmura o se resiste, pero que al esfuerzo de pensar y resistir, prefiere callar y rendirse.

Nuestro único objeto.

Es la defensa de la verdad cristiana. Nuestra palabra quiere ser eco de la del Pontífice, que fiel al Evangelio, intrépidamente, desafía amenazas y persecuciones.

No confundiremos el espíritu del pueblo alemán, con el Racismo de sus actuales dirigentes. El espíritu de los pueblos es más rico y vital, que los transitorios sistemas a quienes sobrevive.

Tras de la embriagadora emoción militar del Racismo, vendrá el derrumbamiento de las virtudes privadas y públicas, y la ruina del Reich, pues la virtud no puede fundarse en el orgullo, ni el poder en la fuerza.

No tengo prejuicio contra el pueblo alemán. Mis maestros en la instrucción primaria, fueron alemanes; debo a su influencia, ciertas

aficiones marciales, que completan mi espíritu de ciudadano; y considero que se sirve a todos los pueblos, defendiendo lo verdadero y lo justo.

Concepto de raza.

El concepto de raza, pertenece estrictamente a la Historia Natural. Se entiende por razas, las variedades de ciertas especies animales. Cada raza, es, por consiguiente, parte de la especie. Las diferencias entre las razas de animales, se deben a causas circunstanciales o al cruce dirigido por el hombre.

Clasificación de las razas.

Con este mismo criterio y por los caracteres físicos, se clasifica comunmente las razas humanas.

Los sabios no están de acuerdo en esa clasificación. Unos la fundan en un criterio geográfico, así Línneo, distingue la raza europea, la asiática, la americana y la negra. Blumenbach, las clasifica según el color de la piel. Virey según el ángulo facial. Haeckel da preferencia a la pilosidad y características del cabello.

Generalmente, se acepta la clasificación de Blumenbach en cinco razas: la caucásica, a que pertenecen los europeos con excepción de los lapones y demás tribus de Finlandia, los asiáticos occidentales y los habitantes del Norte de Africa; la mongólica, a que pertenecen los asiáticos, con excepción de los caucásicos y malayos, y de que forman parte, las tribus de Finlandia; la etiópica, extendida por la parte Central y Meridional del Africa; la americana, que comprende los aborígenes de América, con excepción de los esquimales que son mongólicos; la raza malaya que habita las islas del Océano Pacífico, las Filipinas y la península de Malaca del continente asiático.

No es necesario que enumeremos todas las clasificaciones; porque su propia variedad, prueba que no hay criterio cierto, ni diferencias profundas y evidentes, ni clasificación, que excluya variedades dentro de cada raza, y entre ellas, inesperadas analogías. Todo patentiza la unidad de la especie.

El descubrimiento de Schegel, al que siguieron otras investigaciones sobre las raíces comunes entre el sanscrito y las lenguas de

Europa y del Asia Occidental, dió base a la primera clasificación racial fundada en el lenguaje, que hizo célebre a Federico Müller. Esta clasificación considera en el tronco indo-germánico o ario, las lenguas hindú, iránica, griego lírica, itálica, celta, germánica y eslava. La teoría, es que los arios que poblaron el Iran y la India, son el tronco de los celtas, griegos, latinos, germanos y eslavos.

El criterio de las lenguas, es engañoso, porque no implica, necesariamente, identidad de raza; sino vida común, posible entre razas diferentes. Si imaginamos que por alguna espantosa catástrofe, desapareciera el admirable Imperio Inglés, y a través de los siglos, se oscurecieran los recuerdos históricos, la constatación del uso del inglés por los diversos pueblos del Imperio, no llevaría, sino erróneamente, a concluir, que pertenecían a la misma raza.

No obstante la unidad de raza, hay variedad de tipos. La encontramos en cada familia, no obstante la comunidad de padres, de medio y de régimen de vida. Esta variedad tiene que ser mayor, a medida que pasa el tiempo y cambian el medio o las circunstancias; pero no obstante las diferencias, podemos asentar tres postulados:

1º—Que la diferencia entre las razas, son menores que sus semejanzas.

2º—Que estas diferencias, no son imborrables, lo que prueba que no son sustanciales; y

3º—Que la facilidad con que las razas mezclan sus caracteres, y de cuando en cuando, se reproducen en los mestizos, los tipos primitivos, destaca y evidencia una unidad sustancial, que juega y reaparece en sus variaciones.

En la escala zoológica, entre las especies, hay lagunas. Por el contrario, en la raza humana se observa entre los tipos más opuestos, larga y casi insensible escala de tipos intermedios.

El ilustre Chyncholet, lo patentiza con una brillante imagen. Dice, que si reuniéramos un crecido grupo de hombres de todas las razas, y los colocáramos en línea, según cualquier orden de diferencias, nos asombraría, la vasta gradación entre los tipos más opuestos. Nadie podría negar ante este espectáculo, la unidad de la especie.

Entre las causas que crean esas variedades, está la influencia del medio físico. El sabio biólogo Lokhovsky, la ha estudiado en las células, y expone la teoría, de que su oscilación, cambia según la geología del terreno, su latitud, y la velocidad de rotación de la tie-

rra. Afirma que las ondas cósmicas, varían según los lugares, y que por consiguiente, la larga permanencia en un lugar, imprime inevitables diferencias.

Este influjo del medio, puede observarse en nuestro algodón. El tipo Tangüis, tiene sus mejores ejemplares en el valle de Pisco. El producto es levemente inferior en Cañete; notablemente inferior en los valles al Norte de Lima; y a medida que vamos hacia el Norte, el Tangüis no conserva su fibra, ni su vigor, ni su invulnerabilidad a las plagas. Así, en tan corto espacio de territorio, se observa la influencia del medio.

Nuestros jóvenes educados en el extranjero, toman en sus rasgos, en sus maneras y en su carácter, mucho del país en que se educaron. Los extranjeros por su parte, se aciollan. La influencia física es tan grande y tan inmediata, que estamos cansados de oírles, que después de cierto tiempo de permanencia en los trópicos, se aminoran sus primitivas energías.

Influye también la alimentación. Esto ocurre hasta en los vegetales. La calidad del agua, influye en el producto. El agua de los albañales, está cargada de abonos para el cultivo. El agua pura, la mejor para el hombre, no lo es, para los vegetales. Está comprobado la influencia de los alimentos en la sangre del hombre. Así el sabio etnólogo Hirschfeld, ha comprobado que la sangre de los judíos, es muy diferente a la de los aborígenes, en las poblaciones orientales de Europa, porque su alimentación es diferente; pero que es idéntica en las grandes urbes, donde la igualdad de alimentación y género de vida, produce la igualdad de sangre.

Así mismo, las costumbres, influyen en los rasgos físicos; de aquí la importancia de los deportes, que todos entienden; pero sobre todo, la importancia de la vida moral, que tantos olvidan. Yo he podido observar entre los indios, una notable diferencia entre los rasgos de los niños, muchas veces hermosos, y los de sus padres. En los niños se conservaba la obra de Dios; en los padres, los vicios habían bestializado el semblante.

En conclusión: las diferencias, son accidentales y secundarias. La unión entre todas las razas, es siempre e indefinidamente, fecunda, lo que no ocurre entre especies diferentes. Las desemejanzas entre las razas humanas, son menores que sus identidades; luego lo único que está probado ante la Ciencia, es la unidad de la especie humana.

En todas las lenguas, sólo hay una palabra para designar al hombre, y por desfigurado que esté, todos lo reconocen: luego la unidad de la especie, es el fallo del sentido común.

Lo que importa a la civilización y a la felicidad humana, es que no obstante las diferencias físicas, pueda ser la cultura patrimonio y obra común, y establecerse por la Religión, la Ciencia, las Artes y la Política, unidades espirituales que imperen sobre esas diferencias.

Exposición del racismo.

En el racismo pueden distinguirse los principios especulativos y las reglas de acción. Los segundos, son medios prácticos para alcanzar los fines del Racismo.

Los principios especulativos del Racismo son:

—Solo la raza aria ha creado la cultura.

—El más alto tipo de esa raza, es el nórdico.

El Dr. Gauch, dice: "Las únicas distinciones que se pueden establecer, existen entre el hombre nórdico, de un lado, y animales del otro, inclusive los hombres no nórdicos".

Cuando la raza aria se mezcla, pierde sus facultades culturales y se destruye la cultura creada por ella.

De la sangre fluyen las cualidades síquicas y morales, y por consiguiente, el mayor de los derechos y de los deberes, es conservar la pureza de la sangre.

La religión es un modo de ser de la raza y está sujeta al espíritu, tradiciones y necesidades de la raza.

Como la raza nórdica es el tipo más perfecto de la raza aria, debe dominar a las demás razas.

Ahora, las reglas de acción:

Conservar por todos los medios la sangre nórdica, incluso depurando la sangre alemana.

Luchar hasta imponer su predominio en el mundo.

Hitler ha dicho: "La raza nórdica tiene el derecho de dominar el Mundo, y nosotros debemos hacer, de este derecho de la raza, la estrella directriz de nuestra política exterior. No hay más revolución que la racial. Creedme, todo el nacional socialismo, no tendrá ningún valor, si se limitara sólo a Alemania, y no se propusiera es-

tampar el sello del dominio de la raza más altamente dotada, sobre todo el Mundo, por lo menos, durante mil o dos mil años”.

¿Y cuándo vendría la Paz? Hitler nos responde en “Mi Lucha”: “Para poder desear de verdad, con todo el corazón, el triunfo del pacifismo sobre la Tierra, hay que contribuir con todos los medios, a la conquista del Mundo por los alemanes. Efectivamente, la idea de paz entre los hombres, quizá será digna de aprobación, solamente, *si antes el hombre supremo, hubiera conquistado y sometido al Mundo, en una extensión tal, que se hubiera vuelto el único Señor de la Tierra*”.

Crítica del Racismo.

Probada como lo hemos hecho, la unidad de la especie humana, está destruído en su base científica el Racismo.

El supuesto de que la Humanidad debe ser dirigida por la raza aria, supone que esta raza, exista en toda su pureza; pero la Antropología, hace muchos años que ha demostrado, que no hay razas puras.

La existencia de razas puras, no es más que un delirio de la vanidad colectiva. Jakob, en su magnífica obra sobre “El hombre” denotaba la falta de unidad de raza, en el pueblo alemán. Esta obra ha precedido en más de diez años al Nacismo. No es estudio de circunstancias. Consigna además que según los experimentos hechos por Holder, de 207 cráneos de wurtembugueses, sólo cinco resultaron puramente germánicos; 90 tenían fuerte mezcla germánica, y en los demás, predominaban caracteres, no germánicos.

Recuérdase que la división de las razas, en que aparece la raza aria, se funda en las afinidades filológicas, y es por consiguiente, una clasificación de lenguas y no de razas.

Sobre el supuesto tipo ario, hay tal variedad de opiniones que Vacher de Lapouge afirma, que el tipo ario, no es el alemán moderno, sino más bien, el escandinavo y el inglés, y en parte, el francés, el italiano y el español.

Esto nos hace concluir, que no hay un tipo ario definido y concreto y que su existencia es una hipótesis y no una realidad científica.

De otro lado, es sencillamente arbitrario, negar que en todos los continentes y en todas las razas, han habido culturas. Negar la

cultura de la China, o la del pueblo judío, o la de los antiguos americanos, es negar la verdad, como lo es también, desconocer que el Oriente influyó en Grecia, Grecia en Roma, y Roma en el mundo; y que en la vida moderna, lo que llamamos cultura, es un muestrario de todo lo que ha producido el hombre, ayer y hoy, en todas las latitudes.

Aunque, sistemáticamente, los panegiristas de la supuesta raza aria, le atribuyan todos los hombres célebres, es evidente para no buscar sino conocidos ejemplos, que Napoleón y Bolívar, los dos genios militares del siglo XIX, no eran nórdicos, y que no lo fueron tampoco, Dante, Sto. Tomás de Aquino, y Cervantes, ni el gran Pasteur, cumbre de la ciencia moderna. Tampoco fueron nórdicos, nuestra Santa Rosa de Lima, ni el maravilloso mulato Martín de Porres, que acrisolaron en sus almas, la más alta perfección: la santidad.

Jamás Europa llegó a tan alto grado de civilización, como en los últimos tiempos; y sin embargo el cuadro étnico de Europa es el de un enorme mestizaje, donde cada vez más, tienden a perderse las llamadas razas puras. Esta mezcla de razas, es consecuencia del cosmopolitismo moderno, que tiende a fundir a todos los pueblos, en una sociedad universal.

Siendo el mestizaje, el fenómeno coincidente con la más alta civilización europea, no podemos concluir, que la fusión de razas, destruya la civilización.

Hitler, en su obra "Mi lucha" cita audazmente como ejemplo de la tesis racista a Ibero América. Dice que la Gran República del Norte, domina al Continente, por la superioridad de su raza y que de la mezcla de la sangre europea y la aborígen, han resultado pueblos inferiores. Hitler desconoce, que en América hay más respeto a la soberanía de las pequeñas naciones, que en Europa, de modo que los EE. UU. no están como lo dice, en la condición de amos del Continente. Su mayor poder, es efecto de su mayor población y de su mayor riqueza, no de la superioridad de sus habitantes sobre el mestizo. Sobre esto, caben muy interesantes apostillas.

El mestizo tiene una vivacidad de entendimiento que sorprende. Rápidamente asimila conocimientos y costumbres. Tiene gran poder de comprensión y de adaptación. Sacado de su medio, y puesto en otro superior, prontamente sobresale y se distingue.

Tiene además un sentimentalismo generoso, que lo liberta del

egoísmo en que otros hombres, viven encerrados. El ibero-americano, siente la ciudadanía del mundo; todo lo que ocurre en él, le interesa y hasta le apasiona. Incapaz de crueldades, lleva el alma abierta a las sollicitaciones de la concordia y la fraternidad. Sus ardores bélicos, fácilmente se tornan en noble y pacífica disposición.

El mundo padece de egoísmo y de intransigencia. Ha querido arrojarse de la vida humana, los sentimientos generosos y cordiales, y la paz, huye de la vida moderna.

Nuestros criollos tienen por el contrario, las condiciones de comprensión, de adaptación y de sentimiento, que requiere la convivencia universal; y si las excelencias de un ser, han de medirse por sus facultades para realizar su destino, el mestizaje americano, no significa inferioridad.

Por el contrario: hay superioridad de condiciones naturales, que sólo aguardan el cincel de la educación. El mestizaje no significa así, ni en Europa ni en América, decadencia de la civilización, ni creación de tipos inferiores.

Veámos ahora los atributos de la sangre, según el Racismo: Convertir la sangre con sus componentes químicos, en causa de las cualidades síquicas, no es adelantar una teoría discutible, sino una afirmación, en ninguna forma demostrada. La sangre depende de la alimentación y el clima; luego, el alma del hombre, cambiaría por mutación de las condiciones materiales. El alma del hombre resultaría así, obra de laboratorio o de farmacia. La experiencia revela, que aún en lo físico, degeneran los productos de la misma sangre, y que ésta necesita renovarse, mezclándose. Los crianderos nos lo dicen: de tiempo en tiempo, es necesario importar padriños. Cosa algo semejante sucede en lo intelectual; el encierro en una sola disciplina o el ensimismamiento, paraliza el progreso de la inteligencia.

Igualmente equivocado y temerario, es el concepto racista de la Religión.

Si ella es relación del hombre con Dios, es evidente que solo una, puede ser verdadera.

Las diferencias entre las razas es natural, que influyan en las relaciones meramente humanas; pero son inferiores y extrañas a la esfera suprema, en que el hombre se une a un Creador. No hay sino un Dios y una sola especie humana. La verdad de esta relación, no puede variar de pueblo a pueblo.

Una religión que se subordine a las preocupaciones, carácter o pensamiento de una raza, no será nunca la verdad sino un medio puesto al servicio de las preocupaciones e intereses de cada raza. Ayer el César, pretendía todo, hasta el imperio de las conciencias; hoy, a nombre de la raza, se aspira a igual imperio. El nazismo proclamando la relatividad de la religión, la niega en su esencia.

Del culto de la sangre se derivan las reglas de acción, que llevan a esterilizar a los que padecen de enfermedades hereditarias y a impedir los matrimonios, con los mestizos o los extraños a la supuesta raza aria. Los derechos naturales del hombre a su integridad física y a su dignidad moral, y el derecho al matrimonio son igualmente conculcados.

La autoridad o sean ciertos hombres que ejercen el poder social, quedan facultados para disponer del hombre, mutilando su vida física y desconociendo su derecho a formar una familia.

Dejando aparte los abusos a que se presta el ejercicio de semejantes poderes y el envilecimiento que producen en sus víctimas a quienes se desespera y degrada, lanzándolas a la locura y al crimen, es necesario que consideremos en su enorme transcendencia, los resultados de una doctrina, que autoriza a disponer de los más sagrados derechos, en nombre de la utilidad social, hoy entendida de una manera, y mañana de otra según el partido, dueño del poder. Sin embargo, los derechos individuales no pueden existir en realidad, ni estar seguros, sino considerándolos superiores a los atributos de la autoridad, que existe para garantizarlos y no para destruirlos. Los males que tal sistema de depuración de la sangre, puede evitar en lo físico, son menores al mal de abandonar al individuo sin defensa ante el Estado, y la conversión de la justicia en un cálculo variable y arbitrario sobre la utilidad social. Hay ciertos principios en la vida humana, que no admiten relajaciones, porque quedarían destruidos en sus fundamentos. Su fuerza y su garantía, consisten en ser absolutos. Si por la utilidad social se puede mutilar al hombre; por la utilidad social, concebida según un sistema político, puede matarse. Las purgas del racismo, son la consecuencia lógica, del desconocimiento del sagrado fuero de los derechos individuales.

Si examinamos ahora, el racismo, como teoría de la civilización, vemos que se reduce a la afirmación de la superioridad de una raza y de su derecho exclusivo a dirigir los destinos de la Humanidad.

No es este el concepto del mundo moderno sobre la civilización,

es por el contrario, el de obra común en que cada raza, aporta su propio genio, en que todos los hombres deben ser libres y respetados y salvos del despótico predominio de cualquier raza o nación. Esa producción múltiple del ingenio humano, es la que debe enriquecer la civilización. La maravillosa ciudad de la cultura, no ha de tener un solo estilo, ni la voz del hombre, un solo canto.

Los cristianos damos jugo nutricio a ese concepto de la civilización, con la ley divina de la fraternidad. No es sólo la razón, y la propia naturaleza, que con el unánime anhelo de vivir tranquilos y seguros, revela la necesidad de un principio que haga inmovible y sagrada esa seguridad. Es el Evangelio, que enseñando por los labios divinos, la fraternidad, proclama la paz entre los hombres, y hace que resplandezca la dignidad de los humildes.

Lo que interesa al progreso de la Humanidad, es que todos los pueblos se incorporen a la civilización cristiana. A despecho de las diferencias materiales, puede establecerse la gran unidad espiritual.

No preocupa a una familia, la ordinaria diferencia de tipos entre sus miembros, lo que interesa a su destino y a su felicidad, es que ciertos principios religiosos y morales mantengan en ella, la unidad, la fraternal cooperación y un noble anhelo de perfeccionamiento. Con el mismo criterio, debe encararse el problema de la familia humana. No importa la diferencia de caracteres físicos, si es posible la unidad moral; pero no puede haberla jamás, entre una raza déspota y los heridos por su despotismo, entre los embriagados de orgullo y los que sufren menosprecio.

Felizmente no es necesaria la opresión política, para el dominio de las ideas, nacidas en los pueblos de cultura superior. Los principios no son como las plantas, que sólo crecen en cierto suelo y en cierto clima. La idea tiene un poder de universalidad. Hay cristianos fervorosos en todas las latitudes, y todos los hombres, sacados de un medio inferior a otro superior, se transforman y mejoran. Ni la ciencia, ni el arte, tienen fronteras. El racismo no concibe, el imperio de los pueblos superiores, sino por el instrumento de la dominación política, ni admite, la rica variedad del ingenio humano.

Es evidente que hay en el fondo, un prejuicio fundado en la superioridad actual, superioridad más de fuerza que de perfección, y que arbitrariamente, se quiere transformar en superioridad innata y definitiva.

Podemos imaginar lo que pensaron los egipcios, de los demás pueblos, en los siglos de los grandes faraones; lo que pensaron los caldeos, durante la grandeza de Babilonia, y los persas, en los tiempos de Ciro. Seguramente creyeron que los hombres que habitaban Europa, eran inferiores a ellos, e incapaces de sobrepujar su cultura. Los fenicios que colonizaron el Mediterráneo, debieron mirar despreciativamente a los aborígenes.

Basta recordar la sorpresa que ha dado al mundo el Japón, para mirar con desconfianza, los sistemas, que en la mudanza de los poderes humanos, creen que hay razas congénita y definitivamente superiores.

La civilización occidental, es fundamentalmente cristiana y no es una de tantas civilizaciones susceptibles de sustanciales mejoras, sino el último y más perfecto tipo de civilización. En la moral, y en el derecho o sea en las reglas superiores de la conducta y de las relaciones humanas, lo que hay de puro, elevado y fecundo, es cristiano. Precisamente la civilización occidental se opaca y decae, a medida que se aleja del cristianismo. Este alejamiento se marca por el menosprecio del derecho, así en los individuos, como en los pueblos. Lo que la civilización occidental, pierde de cristianismo, lo toma del paganismo materialista y brutal.

El racismo que desconoce el poder universal de la idea; que niega la fraternidad; que con el prejuicio de la superioridad de los arios, rechaza la igualdad de los derechos humanos; que menospreciando el genio de otras razas, establece fronteras en el campo de la verdad y la belleza: no es en el fondo, sino una teoría de circunstancias, destinada a obsesionar a Alemania, con la creencia en su superioridad, y su derecho a la hegemonía universal. Se ha querido en vano que la Ciencia, se convirtiera en sirva de la Política; y se ha lanzado a la vida universal, una teoría audaz, que hoy por un pueblo, y mañana por otro, puede ser empleada en contra de la justicia y de la paz. Nada halaga más el orgullo, que los prejuicios de raza. Libre Dios, a la Humanidad de una gigantesca aristocracia de la sangre.

Los párrafos anteriores, son el extracto de la conferencia que di en la Universidad Católica, hace cerca de un año. Principiaba entonces el nazismo, su política externa de absorción. Vino después la anexión de Checoslovaquia, y hoy el desmembramiento de Polonia.

Ya en esos días, llegaron noticias de Río de Janeiro, de actividades nazis, incompatibles con la soberanía nacional. Más tarde, informaciones semejantes, de Buenos Aires. Quedaba así comprobado, que estábamos frente a una doctrina y a una política en acción, en todo el mundo.

Tiene para nuestras Repúblicas, especial importancia, advertir esas intromisiones en la vida nacional y defenderse de ellas.

El emigrante, no pretendió hasta ahora, en nuestras playas, sino seguridad, para su persona y su trabajo, manteniéndose ajeno a la acción política. De otro lado, él y su familia, quedaban en la posibilidad de incorporarse al núcleo nacional. Nada perturbaba esa pacífica convivencia en el nuevo suelo, ni aquel proceso de asimilación al nuevo país. No es éste el espíritu nazi.

Su tendencia es mantener en el emigrante y sus descendientes, el vínculo nacional: conservarlos perpetuamente extranjeros, influir con este fin, en la escuela, apartarlos de matrimonios con nacionales, y filtrar por diferentes medios, la soberanía del Reich y el espíritu del nazismo. Asuntos que debían resolverse por las autoridades del país, pasan de hecho a los jefes nacistas. El alemán que se aparta de la autoridad nazi o de la política nazi, deberá sufrir perjuicios y sanciones. Es la extralimitación de la autoridad del Reich, con menoscabo de la soberanía nacional, y la peligrosa perturbación de las relaciones entre el emigrante y el señor del territorio, cortando los naturales vínculos de los alemanes con los países donde se establecen, y contrarrestando el natural proceso de asimilación. La finalidad de esta política, es crear islotes nazis, dentro de cada nación.

El mundo sufre una catástrofe moral, más grave y dolorosa que la guerra misma. El respeto al derecho, está perdiéndose. Hay un frío egoísmo que todo lo domina. Lo hubo antes sin duda; pero refrenado. Las pasiones no tienen límite, si hallan doctrinas que las justifiquen. Hoy el Comunismo y el Nacismo, no admiten principios superiores al interés de la revolución o del dominio universal. Se hace lo contrario de lo prometido y se afirma o se niega, cínicamente.

Comunistas y nacistas, enemigos del Cristianismo, están creando una nueva barbarie, que tiene a su servicio los inmensos recursos de la ciencia moderna y millones de hombres, fanatizados desde la niñez.

Ya es demasiado pequeño el Mundo, para que un conflicto de estas proporciones, que envuelve a Europa y al Asia, no llegue con su oleaje al continente americano.

Vienen días de prueba, en que las repúblicas americanas, deben mancomunarse, porque son solidarias sus soberanías y sus intereses, y porque el destino del hombre, exige, que la Fé, la Humanidad y la Justicia, no sean arrancadas de la Tierra.

Carlos ARENAS Y LOAYZA.